

No por esto eran menos acertados los juicios médicos, pues antes, ahora y siempre, un interrogatorio bien dirigido y una observación atenta, darán un diagnóstico muy aproximado al que la mayoría de las veces añade poco la exploración más minuciosa.

D. José tenía los resabios del hijo único; caprichoso, indolente, poco disciplinado, pero su buen fondo lo salvó hasta de los inconvenientes de estos defectos formativos, pues tuvo un amigo— y cuando lo tuvo es que podía tenerlo—del cual se dejó influir fácilmente y terminó la carrera a la que prestaba poca atención. ¡Cuán grande gratitud guardaba al prestigioso Médico asturiano! ¿Hace falta decir algo más para acreditar la docilidad de D. José, tan opuesta a lo que aparentaba su persona? Pues chiquillo fué hasta su muerte, dejándose llevar en todo momento por los impulsos del corazón, que no lo engañó nunca.

No fué pura casualidad el ser D. José, Médico de la Estación, aunque por casualidad lo consiguiera, si casualidad es que se lanzara a pedirlo al Director General; pero tal casualidad era precisamente hija de uno de los factores humanos más valorables en él y en toda persona; la espontaneidad, la franqueza, la nobleza. El Director también tuvo buen golpe de vista, porque Belmonte era por naturaleza un trenero, un hombre abierto a la comunicación, a la expansión, a lo exterior, lo contrario del hombre cauteloso y taimado, que vive pegado a su miseria como la planta esteparia a la costra yesífera y cuando dobló ese momento que Pérez de Ayala llamó el cabo de las tormentas de los treinta años, se agarró al oficio y lo desenvolvió como uno de tantos, siendo, con toda su fama de fiero, un hombre muy sensible a la lealtad del que la practica como él la sentía, por impulso espontáneo, sin cálculos algebraicos.

Hay algunos momentos en la vida de D. José, verdaderamente conmovedores para el que esto escribe, por motivos de los que no le corresponde hablar, pero que han quedado bien señalados en el curso de un tiempo cuyas circunstancias, por imprevisibles, dieron lugar a que se manifestara la intimidad de las personas.

Belmonte fué un buen compañero, de los que llegado el caso obran noblemente, sin acordarse de nada que pueda empequeñecer su acción.

Belmonte fué un hombre bueno que probó su generosidad y su hombría en su relación con muchas personas.

Belmonte fué hombre inteligente y no torpe de manos. Hubiera podido ser un buen cirujano, pero cuando nos lo decía le parecía tarde y antes le faltó ambiente e impulso personal, si bien lució sus relevantes condiciones en beneficio de todos, interviniendo en muchos aspectos de la vida local.



La preferida botella de la bola preside esta reunión sobre la mesa de comer, puesta en el patio, porque es domingo y hace calor. Todos los tíos de la cuadrilla están majos, y son, de izquierda a derecha, sentados, Inocente Alonso «Churrín»; «El Jaro Fafá»; Antonio Barrilero «Chavicos»; El Valenciano el Carpintero (Eusebio Sánchez) y «El Coso» (Tomás Montealegre, padre de Antonio, el maestro albañil). De pie, «El Bizco Lañas» (Aquilino Tejera); «Capacheja» (Eugenio Barrilero); Angel Alvarez, el de Jonás y el de «Engalgaliebras» (Higinio Fernández).

Es una de las cuadrillas típicas de los zurrillas domingueros. Todos los que la forman fueron muy conocidos y estimados y merece conservarse su recuerdo, tanto por ellos, como por la costumbre que personifican en el momento de la fotografía.